

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

VASILI GROSSMAN

**EL
INFIERNO
DE
TREBLINKA**



#4

VASILY GROSSMAN

EL INFIERNO
DE TREBLINKA

Editado por el
EJECUTIVO SUDAMERICANO
del CONGRESO JUDÍO MUNDIAL
Buenos Aires

BIBLIOTECA POPULAR JUDÍA
del Congreso Judío Mundial

Dirigida por MARC TURKOW

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDÍA

12

Buenos Aires, 1968

© Congreso Judío Mundial

*Queda hecho el depósito que previene
la ley N° 11.723*

CAPÍTULO I

AL ESTE de Varsovia, a lo largo del Bug occidental, se extienden arenales, pantanos y terrenos cubiertos de espesos bosques de pinos y de árboles foliáceos. Son lugares poco poblados y tristes. Los caminantes evitan los arenosos y estrechos caminos donde los pies se entierran y las ruedas se hunden hasta los cubos.

Allí, en el ramal ferroviario de Siedlec se encuentra la pequeña y perdida estación de Treblinka, a 60 kilómetros largos de Varsovia, no lejos de la estación de Malkinia, punto de bifurcación de la línea férrea que une Varsovia, Bialystok, Siedlec y Lomza.

Es posible que muchas de aquellas personas que fueron traídas en 1942 a Treblinka, hubieran pasado por aquí en tiempos de paz y que, con ojos distraídos, mirasen el aburrido paisaje: pinos, arena, otra vez pinos, matorrales, secos arbustos, los tristes edificios de la estación, las vías que se cruzan... Y es posible que la aburrída mirada del pasajero notara la existencia de un ramal ferroviario que partía de la estación y se internaba por medio del tupido bosque de pinos que llegaba hasta la vía misma. Este ramal conduce a una cantera de la que se extraía arena blanca destinada a satisfacer las necesidades industriales y a las construcciones de la ciudad.

La cantera dista 4 kilómetros de la estación y se encuentra en un terreno baldío, rodeado por todos lados de pinos. La tierra es allí avara e improductiva y los campesinos no la cultivaban; por eso el terreno permanece yermo desde tiempo inmemorial. En algunos sitios está cubierta de musgo y de vez en cuando presenta algunos escuálidos pinabetes. De tarde en tarde vuelan por allí los grajos o las moñudas abubillas de colores abigarrados. Este miserable desierto fue elegido y aceptado por el *Führer* de las S.S. de Alemania, Héinrich Hímmler, para la construcción de un inmenso patíbulo cuyo igual el género humano no había conocido desde los tiempos bárbaros hasta nuestros días crueles. Sí, es indudable que el Universo no ha conocido

un patíbulo semejante. Aquí fue construido el matadero principal de las S.S., que superó en dimensiones a los de Sobibor, Maidánek, Belzec, Auschwitz.

En Treblinka existieron dos campos de concentración: el de trabajos forzados N° 1, en el que se hallaban presos de distintas nacionalidades, fundamentalmente polacos, y el campo judío que llevaba el N° 2.

El campo N° 1 (de trabajo o penitenciario), se encontraba inmediato a la cantera de arena, no lejos del límite del bosque. Era un campo de concentración ordinario, como los que la Gestapo construyó por centenares y miles en las tierras del Este ocupadas por los alemanes. Fue creado en 1941. En él, como en una síntesis, se podían percibir rasgos del carácter alemán deformados por el terrible espejo del régimen hitleriano. Del mismo modo que en el delirio de la fiebre se reflejan de una manera monstruosa y deformada los pensamientos y sentimientos vividos por el enfermo antes de su enfermedad, de igual modo que el loco en sus ataques de enajenación deforma la lógica de las reacciones y pensamientos del hombre normal, así el criminal lleva a cabo su faena uniendo, en el martillazo dado en el entrecejo de las víctimas, la hábil práctica, la precisión y la fuerza del obrero metalúrgico con la sangre fría del antropoide.

El espíritu de economía, la exactitud, el cálculo, la pulcritud pedantesca, son todos ellos rasgos plausibles que poseen muchos alemanes. Aplicados a la agricultura o a la industria, dan sus frutos. El hitlerismo aplicó estos rasgos al crimen contra la humanidad y los SS. del Reich procedieron en el campo de concentración polaco exactamente como si se tratara del cultivo de coliflores o de patatas.

El terreno ocupado por el campo de concentración está dividido por unas barracas iguales y rectangulares construidas a cordel, por enarenados caminitos bordeados de abedules. Fueron construidos estanques de cemento para aves domésticas, lavaderos para la ropa con unos cómodos peldaños, servicios para el personal alemán, un horno de cocer pan bien acondicionado, peluquería, garage, surtidor de gasolina con una esfera de cristal, depósitos. Aproximadamente de un tipo análogo, con jardincitos, con columnitas-fuentes, con caminos asfaltados fue construido también el campo de Maidánek cerca de Lublin y de igual forma organizaron en la Polonia oriental decenas de otros campos de trabajo forzado donde la Gestapo y los S.S. pensaban afincarse de manera permanente. En la construcción de estos campos

se reflejaron los rasgos característicos de la precisión alemana, del espíritu de ahorro mezquino, la pedantesca tendencia al orden, la afición alemana a la reglamentación, al esquema elaborado hasta los más pequeños e insignificantes detalles.

La gente ingresaba en el campo de trabajo por un plazo que a veces era muy pequeño: 4, 5 ó 6 meses. Allí metieron a polacos que habían infringido las disposiciones del gobernador general. Estas faltas eran por lo común insignificantes, puesto que cuando se trataba de infracciones de importancia el castigo no era el campo, sino la muerte inmediata. Una denuncia, una delación, una palabra casual escapada yendo por la calle, el incumplimiento de la orden de entrega de productos, la negativa de facilitar a un alemán el carro o el caballo, la resistencia de las muchachas a rendirse a las proposiciones amorosas de un S.S.; no ya el sabotaje en la fábrica, sino solamente la sospecha de la posibilidad de un sabotaje, todo esto conducía a centenares y a miles de polacos, obreros, campesinos, intelectuales, hombres y muchachas, viejos, adolescentes o madres de familia al campo penitenciario. En total pasaron por dicho campo unas cincuenta mil personas. Solamente se reclusa en este campo a los judíos cuando se trataba de conocidos y excelentes maestros panaderos, zapateros, ebanistas, albañiles o sastres. Allí había todos los talleres imaginables y entre ellos un importante taller de muebles que hacía butacas, mesas y sillas para los Estados Mayores del ejército alemán.

El campo N° 1 existió desde el otoño de 1941 hasta el 23 de julio de 1944. Fue completamente suprimido cuando los detenidos oían ya el sordo rugido de la artillería soviética...

El 23 de julio por la mañana temprano los guardianes y los S.S., después de beber unas copas para tomar valor, emprendieron la liquidación del campo de concentración. A la noche habían sido muertos y enterrados todos los presos. El carpintero de Varsovia Max Levit logró salvarse saliendo herido de entre los cadáveres de sus compañeros cuando se hizo oscuro, y se arrastró hacia el bosque. Contó cómo tumbado en la zanja, oyó a treinta chicos que al ser fusilados cantaron la canción "Mi gran país amado"; oyó cómo el jefe de los muchachos y querido de todo el campo, el niño Leib, al caer a su lado en la zanja, después de sonar la descarga se irguió, pidiendo: "¡Señor guardián, ha errado el tiro; por favor, señor, otra vez, otra vez!"

Ahora se puede hablar con detalle del orden alemán que imperaba en este campamento de trabajo. Por las declaraciones de decenas

de testigos polacos escapados y puestos en libertad en su tiempo, conocemos las leyes imperantes en el campo N^o 1. Sabemos del trabajo en la cantera de arena, sabemos cómo a los que no cumplían la norma los arrojaban por un escarpado a una hondonada, conocemos las normas de la alimentación, que consistía en 170 a 200 gramos de pan y un litro de mejunje al que se daba el nombre de sopa; sabemos de los muertos de hambre, de los hinchados a los que transportaban en unas carretillas fuera de las alambradas y los fusilaban; conocemos las orgías salvajes que organizaban los alemanes, cómo violaban a las muchachas y cómo allí mismo fusilaban a sus amantes forzadas, cómo arrojaban a la gente desde una torreta de seis metros de altura, cómo por la noche, borrachos o en pandilla, sacaban de las barracas a 10 ó 15 presos y empezaban a hacer con ellos con toda parsimonia, ensayos de métodos de asesinato, disparando al corazón, en la nuca, en los ojos, en la boca o en las sienes de los condenados. Conocemos los nombres de los S.S. guardianes del campo, sus caracteres, sus particularidades; sabemos también quién fue el jefe del campo, el flamenco alemán von Ripen, criminal insaciable y depravado, aficionado a los buenos caballos y a las rápidas galopadas. Sabemos del joven y macizo Stumpfe, al que le daban irresistibles ataques de risa cuando mataba a alguno de los presos o cuando en su presencia se ejecutaba a alguien. Le pusieron por mote "La muerte que ríe". El último que oyó su risa fue Max Levit el 23 de julio de este año, cuando los vigilantes al mando de Stumpfe fusilaban a unos muchachos. Levit estaba tumbado, herido gravemente en el fondo de una zanja. Tenemos noticias de un alemán tuerto, Sviderski, de Odessa, llamado el "Maestro del martillo". Era considerado como un insuperable especialista del asesinato "en frío", y en sólo algunos minutos mató a martillazos a quince niños de 8 a 13 años, declarados no aptos para el trabajo. Sabemos de un S.S., Preifi, delgado, parecido a un gitano, apodado "el viejo", sombrío y reservado. Para distraerse se colocaba junto al depósito de inmundicias y espiaba a los presos que iban a hurtadillas a comerse las mondas de las patatas, les obligaba a abrir la boca y entonces les disparaba en ella.

Conocemos los nombres de los asesinos profesionales Schwartz y Ledek. Estos se divertían disparando sobre los detenidos que al anochecer regresaban del trabajo y mataban así diariamente 20, 30 ó 40 personas.

La deformación de los cerebros, del corazón, del espíritu, de las palabras, de los hechos, de las costumbres eran como una terrible

caricatura que remedaba los rasgos habituales, los pensamientos, los sentimientos, las costumbres y las conductas de los alemanes normales. Y el orden del campo y la documentación de los asesinatos, como la afición a la broma monstruosa, que recordaba en algo a las bromas de los estudiantes borrachos, las canciones sentimentales cantadas a coro en medio de charcos de sangre y los discursos que aquellos antropitecos pronunciaban sin descanso antes los condenados, las máximas y los piadosos sermones, cuidadosamente impresos en papeles especiales, todo esto eran monstruosos dragones y reptiles nacidos del germen del chauvinismo alemán; la altivez, el amor propio, la vanidosa confianza en sí mismo, la pedante preocupación babosa por su propio nido y la férrea y fría indiferencia por la suerte de todo lo vivo, procedente de la fe bestial y estúpida de que la ciencia alemana, la música, la poesía, el idioma, el césped, el cielo, la cerveza, las casas, son los más altos y los más hermosos de todo el universo.

A SÍ FUNCIONÓ ESTE CAMPO, semejante a un Maidánek en pequeño, y pudo parecer que no había nada más terrible en el mundo. Pero los que vivieron en el campo N^o 1 sabían muy bien que había algo más espantoso, cien veces más horrible que su campo. A tres kilómetros de él, los alemanes, en mayo de 1942, comenzaron la construcción de un nuevo campo. La construcción se llevó con un ritmo rápido; en él trabajaron más de 1.000 obreros. Nada allí estaba dispuesto para la vida, todo estaba preparado para la muerte. La existencia de este campo, según el pensamiento de Himmler, debía permanecer en el más absoluto misterio, ni una sola persona debía salir viva de su recinto. Y absolutamente a nadie se le permitió acercarse a él. A un kilómetro de distancia se hacía fuego sin previo aviso sobre todo aquel que casualmente pasara por allí. Se prohibía a los aviones alemanes que volaran sobre esta zona. Las víctimas traídas en trenes que circulaban por un ramal ferroviario especialmente derivado no sabían hasta los últimos minutos cuál era la suerte que les esperaba. A la guardia que acompañaba a los trenes no la dejaban llegar ni siquiera hasta donde se hallaba la vigilancia exterior del campo. A la llegada de los vagones, se encargaban de su custodia los S.S. del campo. Los trenes, compuestos habitualmente de sesenta vagones, se dividían al llegar al bosque, y la locomotora enviaba sucesivamente tres tandas de veinte vagones hacia el andén del campo. La locomotora empujaba a los vagones por detrás y se detenía en las alambradas, de tal manera que ni el maquinista ni el fogonero traspasaban los

límites del campo. Cuando los vagones quedaban descargados, el sub-oficial de S.S. que estaba de guardia, daba un pitido llamando a los siguientes veinte vagones, que esperaban a 200 metros. Cuando se descargaban los sesenta vagones, la jefatura del campo llamaba por teléfono a la estación para que enviaran un nuevo tren, y el que había quedado vacío se hacía avanzar por la vía hasta la cantera donde los vagones eran cargados de arena y se marchaban a la estación de Treblinka y Malkinia.

Se puso de manifiesto la ventajosa situación de Treblinka: los trenes cargados de víctimas llegaban a ella de los cuatro puntos cardinales, del oeste, del este, del norte y del sur. Los trenes procedían de las ciudades polacas de Varsovia, Mendzykzer, Czenstochowa, Siedlce, Radom; de Lomza, Biálystok, Grodno; de muchas ciudades de Bielorrusia, de Alemania, Checoslovaquia, Austria, Bulgaria, Besarabia.

Estuvieron llegando trenes a Treblinka durante trece meses. Cada tren estaba compuesto por sesenta vagones y en cada uno de ellos iban escritas con yeso las cifras 150, 180, 200. Estas indicaban la cantidad de personas que se hallaban en cada vagón. Los empleados ferroviarios y los campesinos llevaban en secreto la cuenta de estos vagones. El campesino de sesenta y dos años Kasimir Skarzynski, que vivía en la aldea de Vulka (en el poblado más próximo al campo), me contó que hubo días en los que frente a Vulka pasaron, solamente por el ramal de Siedlce, seis trenes, y que casi no pasó día en los trece meses en que no circulara por lo menos uno. Y hay que tener en cuenta que el ramal de Siedlce era solamente uno de los cuatro caminos de hierro que proveían a Treblinka. El obrero de vías y obras Lucian Tsukov, movilizado por los alemanes para trabajar en el ramal que conducía desde Treblinka hasta el campo N° 2, dice que en tiempo que duró su trabajo, es decir desde el 15 de junio de 1942 hasta agosto de 1943, llegaron al campo desde Treblinka por dicho ramal de uno a tres trenes por día. Cada tren estaba formado por sesenta vagones y cada uno de estos conducía por lo menos 150 personas. Testimonios como éste los hemos reunido a decenas. Incluso si reducimos todas las cifras del movimiento de trenes hacia Treblinka aportadas por los testigos aproximadamente a la mitad, de todos modos, la cantidad de personas transportadas allí en trece meses, resultará ser de unos 3 millones.

El campo mismo, con sus vallas exteriores, los depósitos de los objetos propiedad de los asesinados, el andén y demás edificaciones

auxiliares ocupaban una superficie bastante reducida: 780 por 600 metros. Si por un instante se tiene duda sobre la suerte que corrieron los millones de personas que llegaron aquí y si por un instante se admitiera que los alemanes no los mataron inmediatamente después de su llegada, habrá que preguntarse dónde se encuentra toda esta gente que podría integrar la población de una nación pequeña o de una de las grandes capitales de Europa. Durante trece meses, es decir durante 396 días, los trenes se marchaban cargados de arena o vacíos y ni una sola persona de las que llegaron al campo N° 2 volvió a salir. Ha llegado el momento de hacer la severa pregunta: "¿Caím, dónde están los que trajiste aquí?"

El nazismo no ha conseguido guardar en el misterio su monstruoso crimen. Pero no sólo porque miles de personas fueran testigos involuntarios. Hitler, convencido de su impunidad, decidió aniquilar a millones de inocentes en el verano de 1942, en la época de los mayores éxitos de sus tropas. Ahora se puede demostrar que la mayor cantidad de asesinatos perpetrados por los alemanes registróse en 1942. Convencidos de su impunidad, los nazis mostraron lo que eran capaces de hacer. ¡Ah, si Adolfo Hitler hubiera vencido, habría podido hacer desaparecer las huellas de todos sus crímenes, habría obligado a callar a todos los testigos, aunque hubieran sido decenas de miles y no miles solamente! Ni uno de ellos habría pronunciado una palabra.

Hoy los testigos han hablado y han clamado la tierra y las piedras. Y hoy, ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad, podemos, de manera minuciosa, paso tras paso, atravesar los círculos del infierno de Treblinka, en comparación con el cual, el de Dante resulta un juego inofensivo e inocente de Satán.

Todo lo que se escribe más adelante ha sido tomado de los relatos de testigos que viven, de los testimonios de personas que trabajaron en Treblinka desde el primer día de existencia del campo hasta el día 2 de agosto de 1943 cuando los condenados a muerte se sublevaron, prendieron fuego al campo y huyeron al bosque, y de las declaraciones de los guardianes detenidos, quienes confirmaron palabra por palabra, y en muchos casos completaron los relatos de los testigos. A estas gentes las he visto yo personalmente; hablé larga y detalladamente con ellas; sus declaraciones escritas están ante mí sobre la mesa, y todos estos numerosos testimonios de diversas fuentes concuerdan entre sí en todos los detalles, empezando por la descripción del perro amaestrado Bari del comandante y terminando por la descripción de

los procedimientos en el asesinato de las víctimas y en la construcción del patíbulo en cadena.

PASEMOS A TRAVÉS de los círculos del infierno de Treblinka. ¿Quiénes eran las gentes que fueron transportadas en los trenes a Treblinka? Fundamentalmente judíos y también polacos y gitanos. A mediados de 1942, toda la población judía de Polonia, Alemania, y las regiones occidentales de Bielorrusia fue recluida en los *ghettos*. En estos *ghettos* de Varsovia, Radom, Czenstochowa, Lublin, Bialystok, Grodno y muchas decenas de otros más pequeños fueron reunidos millones de judíos entre obreros, artesanos, médicos, profesores, arquitectos, ingenieros, maestros, artistas, hombres de profesiones liberales, con sus mujeres, sus hijos, hijas, madres y padres. Sólo en el *ghetto* de Varsovia había cerca de quinientas mil personas. Según parece, este encierro en los *ghettos* constituía la parte previa y preparatoria del plan hitleriano de aniquilamiento de los judíos. El verano de 1942, época del éxito militar del nazismo, se consideró como el momento adecuado para la puesta en práctica de la segunda parte del plan nazi de destrucción física de los judíos. Es sabido que Himmler vino por aquel tiempo a Varsovia para dictar las disposiciones correspondientes. Día y noche se llevó a cabo la preparación del patíbulo de Treblinka. En el mes de julio ya salieron los primeros trenes de Varsovia y Czenstochowa en dirección de Treblinka. A la gente se le decía que se los llevaba a Ucrania para emplearlos en las faenas agrícolas. Se les autorizaba a llevar consigo 20 kilos de equipaje y productos alimenticios. En muchos casos los alemanes obligaban a sus víctimas a comprarse los billetes de ferrocarril hasta la estación de "Ober-Maidan". Con este nombre convencional designaban los alemanes a Treblinka. Resultó que los rumores sobre el horrible lugar se extendieron bien pronto por toda Polonia y la palabra "Treblinka" dejó de ser empleada por los S.S. cuando realizaban la carga de gente en los trenes. Sin embargo, el trato que en ellos se les daba no dejaba ya duda sobre la suerte que esperaba a los pasajeros. En vagones de carga se amontonaban no menos de 150 personas; habitualmente eran 180 y 200. Durante todo el viaje, que a veces se prolongaba dos y tres días, no se les daba agua a los detenidos. Los sufrimientos a causa de la sed eran tan grandes que la gente bebía sus propias orinas. Los guardianes exigían cien *zlotys* por un sorbo de agua y una vez que habían recibido el dinero era corriente que no se la dieran. Las personas viajaban apretadas unas contra otras, a veces

hasta de pie y en cada vagón, sobre todo en los días sofocantes del verano, al final del viaje habían muerto algunos viejos y enfermos del corazón. Como las puertas de los vagones no se abrían ni una vez durante el viaje, los cadáveres empezaban a descomponerse y emponzoñaban el aire. Apenas alguno de los viajeros encendía una cerilla de noche, la guardia abría fuego de fusilería contra las paredes del vagón. El barbero Abraham Kohn cuenta que en su vagón hubo muchos heridos y cinco muertos a consecuencia de los disparos de la guardia contra sus paredes.

De manera completamente distinta venían a Treblinka los trenes procedentes de los países de la Europa occidental. Allí la gente no había oído nada de Treblinka y hasta el último minuto creyeron que se los llevaba al trabajo, e incluso los alemanes les pintaban las comodidades y excelencias de la nueva vida que les esperaba. Algunos trenes llegaron con gente que estaba convencida de que se los llevaba al extranjero, a países neutrales. Mediante elevadas sumas se les proveía por parte de las autoridades alemanas del visado para el paso de la frontera y de pasaportes extranjeros.

En una ocasión llegó a Treblinka un tren con ciudadanos de Inglaterra, del Canadá, de los Estados Unidos y de Australia a los que la guerra había sorprendido en Polonia y en otros países de Europa. Después de largas gestiones acompañadas de la entrega de grandes sobornos consiguieron el visado para salir a los países neutrales. Durante todo el viaje a través de los países europeos fueron sin escolta con el acostumbrado personal de servicio. Estos trenes llevaban vagones cama y vagón restaurante. Los pasajeros tomaron consigo voluminosos cofres y maletas así como grandes reservas de productos alimenticios. Los niños bajaban en las estaciones intermedias y preguntaban si estaba próxima la de "Ober-Maidan".

Llegaban de vez en cuando vagones de gitanos desde Besarabia y desde otras regiones. Algunas veces llegaban trenes cargados de jóvenes polacos, campesinos y obreros, que habían participado en las sublevaciones y en los destacamentos de guerrilleros.

Es difícil decir qué es más terrible, si ir a la muerte en medio de horribles sufrimientos, conociendo su inminencia, o sí, con un completo desconocimiento de la propia perdición, estar mirando por la ventanilla de un vagón de primera clase, al tiempo mismo que se telefona desde la estación de Treblinka al campo de concentración comuni-

cando datos sobre la llegada del tren y la cantidad de personas que en él viaja.

Para el último engaño de las gentes que llegaban desde Europa, incluso el ramal de la vía férrea que conducía al campo de la muerte estaba acondicionado con la apariencia de una estación para pasajeros. Junto al andén donde se descargaban los veinte vagones de turno se elevaba un edificio de estación con taquillas, consigna para los equipajes, salas restaurantes; por todas partes podían verse flechas indicadoras con letreros que decían: "A Bialystok", "A Baránovich", "A Volkovisk", etc. A la llegada a la estación de cada tren una orquesta, cuyos componentes iban bien vestidos, interpretaba diversas piezas musicales. Un portero con uniforme de empleado de ferrocarril recogía los billetes a los pasajeros y les dejaba pasar hasta la plaza. Tres o cuatro mil personas cargadas de bultos y maletas, sosteniendo a los ancianos y a los enfermos, irrumpían en esta plaza. Las madres llevaban a sus hijos en brazos, los niños mayores se apretaban contra sus padres mirando con curiosidad la plaza. Algo alarmante y terrible había en este lugar que había sido pisoteado por millones de pies humanos. La mirada escrutadora de la gente bien pronto captaba unos pequeños detalles agoreros. Sobre el suelo barrido a la ligera, sin duda minutos antes de la llegada del contingente, se veían tirados algunos objetos como paquetes de ropa, maletas abiertas, brochas de afeitarse, cacerolas esmaltadas. ¿Cómo habían ido a parar allí? ¿Y por qué inmediatamente al final del andén de la estación terminaba la línea férrea, crecía una hierba amarillenta, y se levantaba una alambrada de tres metros? ¿Dónde, pues, se encontraba el camino a Bialystok, a Siedlce, a Varsovia, a Volkovisk? ¿Y por qué se reían de una manera tan rara y sardónica los nuevos guardianes al observar a los hombres que se arreglaban las corbatas, a las viejecitas pulcras, a los niños con trajecitos de marinero, a las muchachas espigadas que se las ingeniaron para conservar durante este viaje la limpieza de sus vestidos, a las madres jóvenes que amorosamente arreglaban las mantas en que llevaban envueltos sus hijitos? Todos estos guardianes uniformados de negro y los suboficiales de S.S. se parecían a los que arcean al ganado a la entrada del matadero. Para ellos, los recién llegados no eran personas vivas, y se sonreían involuntariamente al observar las muestras de pudor, de amor, de miedo, de preocupación por las personas allegadas o por los enseres, les hacía gracia que las madres riñeran a sus hijos por haberse alejado algunos pasos, que les arreglaran los vestiditos, que los hombres se secasen la frente con un pañuelo de bolsillo y que fumaran ávidamente cigarrillos, que las mu-

chachas pusieran en orden sus cabellos y que con susto se sujetaran las faldas cuando soplaban ráfagas de viento. Les producía risa que los viejos trataran de sentarse en los maletines, que algunos llevaran libros bajo el brazo y que los enfermos se abrigaran el cuello. Diariamente pasaban por Treblinka hasta 20.000 personas. Los días en que salían de la estación 6 ó 7 mil, se consideraban como días de poco trabajo. Cuatro o cinco veces por día la plaza se llenaba de gente. Y todos estos miles, decenas de miles, centenares de miles que preguntaban con ojos asustados, todos estos rostros jóvenes y viejos, bellezas morenas y de cabellos dorados, viejos calvos, jorobados y encorvados, y tímidos adolescentes, todos se unían formando un torrente único que se tragaba el talento, la admirable ciencia humana, el amor juvenil, la perplejidad infantil, la tos de los viejos y el corazón del hombre.

Y de nuevo los recién llegados percibían temblorosos lo raro de esa mirada irónica, contenida y harta, mirada de superioridad de la bestia viva sobre el hombre muerto.

Y nuevamente, en estos breves instantes, los que llegaban a la plaza captaban unos detalles incomprensibles y que provocaban inquietud.

¿QUÉ ES LO QUE HABÍA ALLÍ, tras el enorme muro de seis metros de altura, completamente cubierto de mantas, de edredones y de ramas de pino que comenzaban a amarillear? Las mantas y edredones también les causaban alarma: de distintos colores, de seda, de tela estampada, recordaban a los que cubrían las camas de los recién llegados. ¿Cómo habían venido a parar aquí? ¿Quién las trajo? ¿Y dónde se encontraban los dueños de estas mantas? ¿Por qué ya no las necesitaban? ¿Y quiénes eran esos hombres con brazaletes azules? Viene a la imaginación todo lo meditado en los últimos tiempos, las inquietudes, los rumores transmitidos al oído. ¡No, no, no puede ser! Y el hombre aparta de sí la terrible idea. La alarma continúa durante algunos instantes, acaso dos o tres minutos, hasta que todos los recién llegados tienen tiempo de salir del andén. Esta salida siempre se hace con retraso porque en cada contingente hay inválidos, cojos, viejos y enfermos que apenas pueden valerse de sus piernas. Pero ya están todos en la plaza. Un *Unterscharführer* (suboficial de las S.S.) en voz alta y clara ordena a los recién llegados que dejen sus bultos en la plaza y se dirijan al baño, conservando solamente los docu-

mentos personales, los objetos de valor y unos pequeños paquetes con lo necesario para el baño. Surgen en la mente decenas de preguntas: si llevar ropa limpia, si se puede desatar los equipajes, si no se confundirán las cosas dejadas en la plaza, si no se perderán. Pero una extraña fuerza obliga a las gentes a guardar silencio, a andar de prisa, a no hacer preguntas, a no quedarse mirando atrás, a dirigirse hacia el paso abierto en la alambrada de seis metros de altura enmascarada con ramas. Marchan junto a erizos antitanques, junto a una alambrada de púa tres veces más alta que un hombre, junto a una zanja antitanque de tres metros de ancho, otra vez junto a unos rollos de delgado alambre de acero esparcidos por el suelo y otra vez junto al muro de muchos metros de alto cubierto de alambre de púa. Una terrible sensación de predestinación y de desamparo se apodera de ellos; no es posible huir ni volverse atrás, ni luchar; desde unas bajas y achatadas torretas de madera les miran los cañones de unas ametralladoras de grueso calibre. ¿Pedir socorro? ¡Si alrededor no hay más que S.S. y guardianes con fusiles automáticos, granadas de mano y pistolas! ¡Ellos son los amos! En sus manos están los tanques y la aviación, la tierra, las ciudades, el cielo, los ferrocarriles, las leyes, los periódicos, la radio. Todo el mundo calla, agobiado, subyugado por la pandilla parda de los bandidos que se han adueñado del poder.

Y en la plaza frente a la estación, dos centenares de obreros con brazaletes de color azul celeste ("el grupo celestial"), silenciosamente, con rapidez y habilidad, desatan los lios, abren los bultos y maletas, sueltan las correas de los portamantas. Se procede a una clasificación y valoración de los objetos dejados un instante antes por el contingente que acaba de llegar. Se arrojan al suelo útiles de costura cuidadosamente empaquetados, ovillos de hilo, trajecitos de niño, camisas de mujer, sábanas, jerseys, tijeras, maquinillas de afeitarse, cartas, fotografías, dedales, frascos de perfume, espejos, cofias, zapatos, botas de abrigo hechas de mantas guateadas en previsión de los frios, zapatos de señora, medias, puntillas, pijamas, paquetes de mantequilla, café, botes de cacao, hábitos, candelabros, libros, galletas, violines, rompecabezas infantiles. Es necesario estar especializado para, en sólo contados minutos, clasificar todos estos miles de objetos, valorarlos y separarlos, unos para enviarlos a Alemania, otros, de mala calidad, viejos o remendados, para ser quemados. ¡Ay del obrero que colocara una maleta vieja de fibra en el montón de maletines de cuero apartados para su envío a Alemania, o del que arrojase al montón de medias viejas arrojadas un par de medias de París con la marca de fábrica. Un obrero puede equivocarse una vez, pero no le es posible

hacerlo dos. Cuarenta S.S. y sesenta vigilantes trabajaban en el "transporte", así se llamaba en Treblinka la primera fase que acabamos de describir: llegada del tren, salida del contingente a la "estación" y a la plaza, vigilancia sobre los obreros que clasificaban y valoraban los objetos. Durante este trabajo, los obreros, con frecuencia, sin ser vistos por la guardia, se echaban a la boca un pedazo de pan, de azúcar, un bombón, encontrado en los paquetes de productos alimenticios. Tal cosa les estaba prohibida. Se les autorizaba, al terminar el trabajo, a lavarse las manos y la cara con agua de colonia y perfumes porque en Treblinka no había agua suficiente y sólo estaban autorizados a lavarse con ella los alemanes y los guardianes. Y mientras la gente todavía viva se preparaba para el baño, el trabajo llevado a cabo con sus objetos llegaba a su fin, los de valor eran llevados al almacén, y las cartas, fotografías de niños recién nacidos, de hermanos, novias, amarillentas notificaciones de bodas, todos estos miles de valiosos objetos enormemente queridos para sus dueños y que eran sólo basura para los dueños de Treblinka, se reunían en montones y se arrojaban en una zanja enorme en cuyo fondo había centenares de miles de análogas cartas, tarjetas postales, de visita, fotografías, papelitos con retorcidas letras de niño y los primeros y torpes dibujos infantiles hechos con lápices de colores. Se limpiaba mal que bien la plaza y quedaba preparada para la recepción de una nueva partida de condenados.

NO SIEMPRE la llegada del contingente se desarrollaba como acabamos de describir. Cuando los detenidos sabían a dónde se les llevaba, se producían desórdenes. El campesino Skrzyeminski vio cómo desde dos trenes, después de romper las portezuelas, salían personas que, arrollando a los guardianes, se lanzaban corriendo hacia el bosque. En ambos casos, absolutamente todos fueron muertos a tiros de fusil automático. Unos hombres se llevaban consigo cuatro niños de 4 a 6 años de edad que también fueron muertos. La campesina Mariana Kobus cuenta también de casos semejantes de lucha con la guardia. En una ocasión, ante sus propios ojos, cuando estaba trabajando en el campo, fueron muertas 60 personas que se escapaban desde el tren hacia el bosque...

Ya está el contingente pasando a otra plazoleta que se hallaba en el interior del segundo recinto del campo. En ella se elevaba una enorme barraca y a la derecha otras tres, dos de ellas destinadas a almacén de ropas y la tercera de calzado. Más lejos, en la parte occi-

dental, se encontraban los barracones de los S.S., los de los guardianes, depósitos de víveres, el corral del ganado, automóviles ligeros y camiones, un coche blindado. La impresión era la de un campo corriente, análogo al campo N° 1.

La segunda fase de la conducción del contingente llegado se caracterizaba por el quebrantamiento de la voluntad de la gente por medio de unas órdenes ininterrumpidas, breves y rápidas, dadas con el tono de que tanto se ufana el ejército alemán, siendo su timbre una de las "demostraciones" de que los alemanes pertenecen a la raza de los señores.

"Achtung!" (¡atención!) se pronuncia dirigiéndose a la multitud, y en medio del silencio de plomo, la voz del *Scharführer* emite las palabras aprendidas a fuerza de repetirías varias veces al día durante muchos meses seguidos.

—Los hombres se quedan donde están y las mujeres y niños van a desnudarse a las barracas de la izquierda!

Según cuentan los testigos, era corriente que se produjeran entonces unas escenas terribles. El gran sentimiento materno, el cariño de esposos, el amor filial les decía a la gente que era la última vez que iban a verse unos a otros. Apretones de manos, besos, despedidas, lágrimas, breves palabras con las que las personas expresan todo el amor, todo el dolor, toda la ternura... Los S.S., psiquiatras de la muerte, saben que estos sentimientos es preciso ahogarlos instantáneamente, hacerlos desaparecer. Los psiquiatras de la muerte conocen las sencillas leyes a que se someten todos los mataderos de reses en el mundo y que en el de Treblinka se adoptaban con la gente. Éste es uno de los momentos más críticos, el de la separación de las hijas de sus padres, de las madres de los hijos, de las abuelas de los nietos, de los maridos de sus mujeres.

Y de nuevo resuena en la plaza: "Achtung!" "Achtung!" Precisamente en este momento era necesario enturbiar la razón de la gente, espolvorearla de esperanza ofreciéndole las reglas de la muerte como si fueran reglas de la vida. La misma voz dejaba caer palabra por palabra:

—Que las mujeres y los niños se quiten el calzado al entrar en la barraca. Las medias que se metan en los zapatos. Los calcetines de los niños deben colocarse en las sandalias, botitas y zapatitos. ¡Sed ordenados!

E, inmediatamente, la misma voz:

—Al dirigirse al baño hay que llevar consigo los objetos de valor, los documentos, el dinero, toalla y jabón... Repito...

En el interior de la barraca hay una peluquería para mujeres en la que las pelan con máquina y donde a las viejas les quitan las pelucas. ¡Singular momento psicológico! Este pelado para la muerte, según contaban los peluqueros, era lo que más afianzaba a las mujeres en la creencia de que se las conducía al baño. Las muchachas, al palpase la cabeza, rogaban a veces: "Aquí no ha quedado parejo, haga el favor de pasarme la máquina otra vez". Habitualmente, después del corte del cabello, las mujeres se tranquilizaban y casi todas salían de la barraca llevando un pedazo de jabón y una toalla plegada. Algunas jóvenes lloraban por sus hermosas trenzas.

¿Para qué pelaban a las mujeres? ¿Para engañarlas? No, estos cabellos eran necesarios para su utilización en Alemania. Eran materia prima... He preguntado a muchas personas qué hacían los alemanes con estos montones de pelo arrancados de la cabeza de los muertos vivos. Todos los testigos cuentan que enormes cantidades de cabellos negros, dorados, rubio claro, bucles y trenzas eran sometidos a desinfección, se prensaban en sacos y eran enviados a Alemania. Todos los testigos confirmaron que el pelo se enviaba en sacos a direcciones alemanas. ¿Cómo los utilizaban? A esta pregunta nadie pudo contestar. Únicamente en los testimonios escritos de Kohn se asegura que quien demandaba este cabello era el Departamento de la Marina de Guerra, que los utilizaba para el llenado de colchones, dispositivos técnicos y para el trenzado de cables para los submarinos.

Los hombres se desnudaban en el patio. Del primer contingente llegado por la mañana había sido separado un grupo compuesto de ciento cincuenta a trescientos hombres de los más fuertes, que se utilizaban en el entierro de los cadáveres y a los que mataban habitualmente al día siguiente. Los hombres debían desnudarse muy de prisa, pero habían de colocar cuidadosamente el calzado, calcetines, ropa interior, chaquetas y pantalones. La clasificación de los objetos la hacía un segundo grupo de obreros, el grupo "rojo", que se diferenciaban de los que trabajaban en el "transporte" en que los brazaletes que llevaban eran de este color. Los objetos que se consideraba de suficiente valor para ser enviados a Alemania eran remitidos desde allí al almacén. Con todo cuidado se les arrancaba todas las iniciales metálicas o de tela. Los demás objetos eran quemados o enterrados en zanjas.

La sensación de peligro aumentaba continuamente. Hería el olfato un hedor terrible que continuamente se entremezclaba con el olor de cal clorhídrica. Extrañaba la presencia de una cantidad incomprensiblemente enorme de moscas cebadas e impertinentes. ¿De dónde procedían en aquel lugar, en medio de los pinos? La gente respiraba fuerte y con inquietud, miraba a todos lados, se fijaba en cualquier detalle insignificante que pudiera aclarar, poner de manifiesto, levantar la cortina de misterio que ocultaba su propia suerte. ¿Y por qué allí, hacia la parte sur se oía el estruendo de una excavadora gigante?

Comenzaba una nueva fase. Se empujaba a la gente desnuda hacia unas ventanillas y se les conminaba a entregar los documentos y los valores. Y de nuevo la terrible voz hipnotizante que gritaba: "Achtung! Achtung! Achtung!... ¡Pena de muerte a quienes oculten objetos de valor!"

En una pequeña cabina de tablas estaba sentado un *Scharführer*. A lo largo de ella se hallaban de pie unos S.S. y guardianes. Junto a la cabina había unos cajones de madera en los que se echaban los objetos de valor, uno para los billetes, otro para las monedas, un tercero para los relojes, anillos, pendientes, broches con piedras preciosas, brazaletes. Y los documentos rodaban por el suelo, no necesarios ya para nadie en el mundo, documentos pertenecientes a muertos en vida que una hora después iban a yacer amontonados en una zanja. Pero el oro y los valores eran sometidos a una cuidadosa clasificación; decenas de tasadores determinaban la pureza del metal, el valor de las piedras, la limpieza de las luces de los brillantes.

¡Y cosa asombrosa! Las bestias utilizaban todo: el cuero, el papel, los tejidos, todo lo que sirve al hombre era necesario y útil para las bestias, únicamente el valor más grande que existe en el mundo, la vida del hombre, era pisoteada por ellas. ¡Y cuántos grandes talentos, cuántas almas honradas, cuántos ojos hermosos de niño, cuántos tiernos rostros de viejecitas, cuántas cabezas espléndidamente hermosas de muchachas en cuya formación la naturaleza estuvo laborando durante montones de siglos, formando un enorme torrente silencioso se precipitaba en el abismo de la nada! Bastaban unos segundos para destruir la vida que el mundo y la naturaleza crearon con enorme y penoso trabajo.

Aquí junto a las ventanillas de "las cajas" se producía la crisis, aquí terminaba el tormento de la mentira que mantenía a la gente en la hipnosis de la ignorancia, en un estado febril, arrojándolos en algu-

nos minutos desde la esperanza a la desesperación, de la visión de la vida a la visión de la muerte. Este tormento de la mentira era uno de los elementos del cadalso en cadena que ayudó a los S.S. en su trabajo. Y cuando llegaba el último acto del pillaje de los vivos muertos los alemanes cambiaban bruscamente el estilo empleado con sus víctimas. Se apoderaban de los anillos rompiendo los dedos a las mujeres, y arrancaban los pendientes desgarrando los lóbulos de las orejas.

EN LA ÚLTIMA ETAPA del matadero en cadena se exigía para la rapidez de su funcionamiento un nuevo principio y por esto la palabra "Achtung" se sustituía por otra restallante y silbante: "Schneller!" "Schneller!": ¡Más de prisa, más de prisa, más de prisa! ¡Corriendo hacia la muerte!

La práctica cruel de los últimos años ha enseñado que el hombre desnudo pierde instantáneamente la capacidad de resistir, deja de luchar contra su suerte; ha demostrado que junto con sus vestidos pierde la fuerza del instinto de vivir y acepta su suerte como un destino fatal. El impaciente, sediento de vida se convierte en un ser pasivo. Pero para asegurarse, los S.S. adoptaban por añadidura, en la última etapa del trabajo en el matadero, el método de un aturdimiento monstruoso, sumían a la gente en un estado de *shock* psicológico.

¿Cómo se lograba?

Adopción instantánea y brusca de crueldades ilógicas y sin sentido. Los hombres desnudos a quienes se había despojado de todo—pero que seguían tenazmente siendo mil veces más personas que los seres que los rodeaban y que iban vestidos con uniforme del ejército alemán— aún seguían respirando, miraban, pensaban, sus corazones todavía latían. Les quitaban de las manos los pedazos de jabón y las toallas y los formaban por columnas de a cinco hombres.

—Hände hoch! Marsch! Schneller! Schneller! ¹

Entraban en una avenida recta bordeada de flores y de abetos de una longitud de ciento veinte metros y de dos de anchura que conducía al lugar del suplicio. A ambos lados de esta avenida había unas alambradas de púas, y hombro con hombro había unas filas de guar-

¹ ¡Manos arriba! ¡Marchar! ¡Más de prisa, más de prisa!

dianes vestidos de negros uniformes y de S.S. con uniformes grises. El camino estaba cubierto de arena blanca y los que marchaban los primeros con las manos en alto veían en esta arena esponjosa las huellas frescas de pies descalzos, unas pequeñas, femeninas, otras minúsculas, de niño, otras pesadas, de personas viejas. Estas huellas tan imprecisas dejadas en la arena era todo lo que quedaba de miles de personas que hacía poco tiempo habían pasado por este camino de igual manera como ahora pasaban las nuevas cuatro mil y como pasarían dos horas más tarde otros miles que estaban esperando su turno en el ramal de ferrocarril en el bosque. Pasaban igual que ayer y que diez días atrás, como pasarían a la mañana siguiente y dentro de cincuenta días, como pasó la gente durante los trece meses de existencia del infierno de Treblinka.

Los alemanes llamaban a esta avenida "el camino sin regreso".

Un antropoide apellidado Sujomil gritaba haciendo gestos y muecas y deformando intencionadamente las palabras alemanas:

—¡Niños, niños, de prisa, de prisa, el agua del baño se enfría! ¡Más de prisa, niños, más de prisa! —decía soltando una carcajada, poniéndose en cuclillas y haciendo movimientos de danza. Las gentes con las manos en alto marchaban en silencio, entre dos filas de guardianes, recibiendo culatazos y golpes dados con cachiporras de goma. Los niños, que apenas podían seguir a los mayores, corrían. En este último y doloroso camino, todos los testigos señalan la ferocidad de un monstruo, el S.S. Zepf. Se había especializado en el asesinato de los niños. Dado de una enorme fuerza, este antropoide arrancaba instantáneamente a un niño de la multitud, lo enarbolaba como una maza y golpeaba su cabeza contra el suelo o bien lo partía por la mitad.

Yo oí lo que se contaba de esa bestia, por lo visto nacida del vientre de una mujer, y me parecía increíble e inverosímil lo que de él se decía. Pero cuando unos testigos visuales me lo confirmaron personalmente, cuando oí que hablan de esto como de uno de los detalles que no se diferenciaba y que no contradecía al régimen general del infierno de Treblinka, creí en la posibilidad de su existencia.

La actuación de Zepf era necesaria, provocaba el *shock* psicológico de los condenados, era también una manifestación más de la crueldad ilógica que mataba la voluntad y la conciencia.

El camino desde las "ventanillas de las cajas" hasta el lugar de la ejecución duraba de dos a tres minutos. Azotada y aturdida por los gritos, la gente llegaba a una tercera plaza y por un instante se detenía

sorprendida. Ante ella se elevaba un bello edificio de piedra, adornado con maderas talladas y construido al estilo de un viejo templo. Cinco amplios escalones de cemento conducían a unas puertas bajas, muy amplias, sólidas y bellas. A la entrada crecían flores, había tiestos. Pero alrededor reinaba el caos, por todas partes se veían montañas de tierra fresca, recién removida y una excavadora gigantesca arrojaba rechinando con sus pinzas de acero toneladas de amarilla tierra arenosa, y el polvo levantado por su trabajo se interponía entre la tierra y el sol. El ruido de la colosal máquina que cavaba desde la mañana hasta la noche unos enormes sepulcros, se entremezclaba con los furiosos ladridos de decenas de perros-policías alemanes.

Desde ambos lados del edificio de la muerte iban unas vías de trocha angosta por las que hombres vestidos con amplios monos empujaban unas vagonetas volcables.

Las anchas puertas del edificio de la muerte se abrían lentamente y dos ayudantes de Schmidt, jefe del establecimiento, aparecían a la entrada. Eran unos sádicos y unos monomaniacos, uno alto, de unos treinta años, de anchas espaldas, de rostro cetrino, sonriente, alegremente excitado y de cabellos negros; el otro más joven, de corta estatura, castaño, con mejillas amarillentas como si acabara de tomar una fuerte dosis de acridina. Los nombres y apellidos de estos traidores a la humanidad son conocidos.

El más alto tenía en la mano un grueso tubo de conducción de gas de un metro de largo y una fusta, el segundo estaba armado de un sable.

En este tiempo los S.S. soltaban a unos perros amaestrados que se arrojaban sobre la multitud y clavaban sus dientes en los cuerpos desnudos de los condenados. Los S.S., con gritos salvajes, a culatazos, arreaban a las mujeres aterrorizadas y que permanecían como petrificadas.

En el interior del edificio mismo, actuaban los ayudantes de Schmidt, que empujaban a las gentes hacia las puertas abiertas de la cámara de gas.

En este instante aparecía junto al edificio uno de los comandantes de Treblinka, Kurt Franz, que llevaba cogido del collar a su perro Bari. El amo lo había amaestrado especialmente para que se arrojara sobre los condenados y les arrancara de un mordisco los órganos sexuales. Kurt Franz hizo en el campo una buena carrera; empezó como

suboficial de tropas de S.S. y alcanzó el grado, bastante alto, de *Untersturmführer*. Este S.S., de unos 35 años, alto, delgado, poseía un don de organizador para el funcionamiento de este lugar de ejecución en cadena; no solamente adoraba su servicio: no concebía la vida fuera de Treblinka, donde nada escapaba a su vigilancia incansable, sino que era en cierto modo un teórico, le gustaban las generalizaciones y se complacía en aclarar sus pensamientos y la importancia de su trabajo.

EMOCIONAN hasta lo más profundo del alma, quitan el sueño y la tranquilidad, los relatos sobre cómo los cadáveres vivientes de Treblinka conservaban hasta los últimos minutos, no ya la imagen y la semejanza, sino también el alma humana; relatos sobre mujeres que intentaban salvar a sus hijos y que para ello llevaban a cabo grandes hazañas vanamente; madres jóvenes que cubrían a sus hijos con sus propios cuerpos; nadie conoce y nadie conocerá ya nunca los nombres de estas madres. Nos han hablado de niñas de diez años que consolaban con su prudencia ingenua a sus madres que lloraban desesperadas, de un niño que gritó a la entrada de la cámara de gases: "¡Los rusos nos vengarán, mamá, no llores!" Nadie sabe nada y nadie sabrá nunca los nombres de estos niños. Nos han hablado de decenas de personas condenadas que entraron en lucha, uno sólo contra una jauría de S.S. armados de fusiles y de granadas y de los que perecían en pie con los pechos atravesados por decenas de balas. Nos contaron de un hombre joven que clavó un cuchillo a un oficial de S.S., de un joven traído del *ghetto* sublevado de Varsovia que supo esconder milagrosamente de los alemanes una granada y que la arrojó, estando ya desnudo, en medio de una multitud de verdugos. Se habla sobre los combates que se prolongaron toda la noche entre un grupo sublevado de condenados y destacamentos de guardianes y de S.S. Los disparos y las explosiones de las granadas estuvieron resonando hasta la mañana y cuando apareció el sol, toda la plaza estaba cubierta por los cuerpos de los combatientes muertos y junto a cada uno de ellos estaba su arma, un palo arrancado de la empalizada, un cuchillo, una navaja de afeitar. Mientras la tierra exista, ya nadie sabrá nunca los nombres de los caídos. Se habla de una muchacha alta, que en el "camino sin regreso" arrancó la carabina de manos de un vigilante y estuvo combatiendo contra decenas de S.S. que disparaban contra ella. Dos bestias fueron muertas en este combate y otra resultó con una

mano destrozada. Ha quedado manco. Fue terrible el ensañamiento y el martirio a que sometieron a la muchacha. Su nombre no se conoce y nadie honrará su memoria.

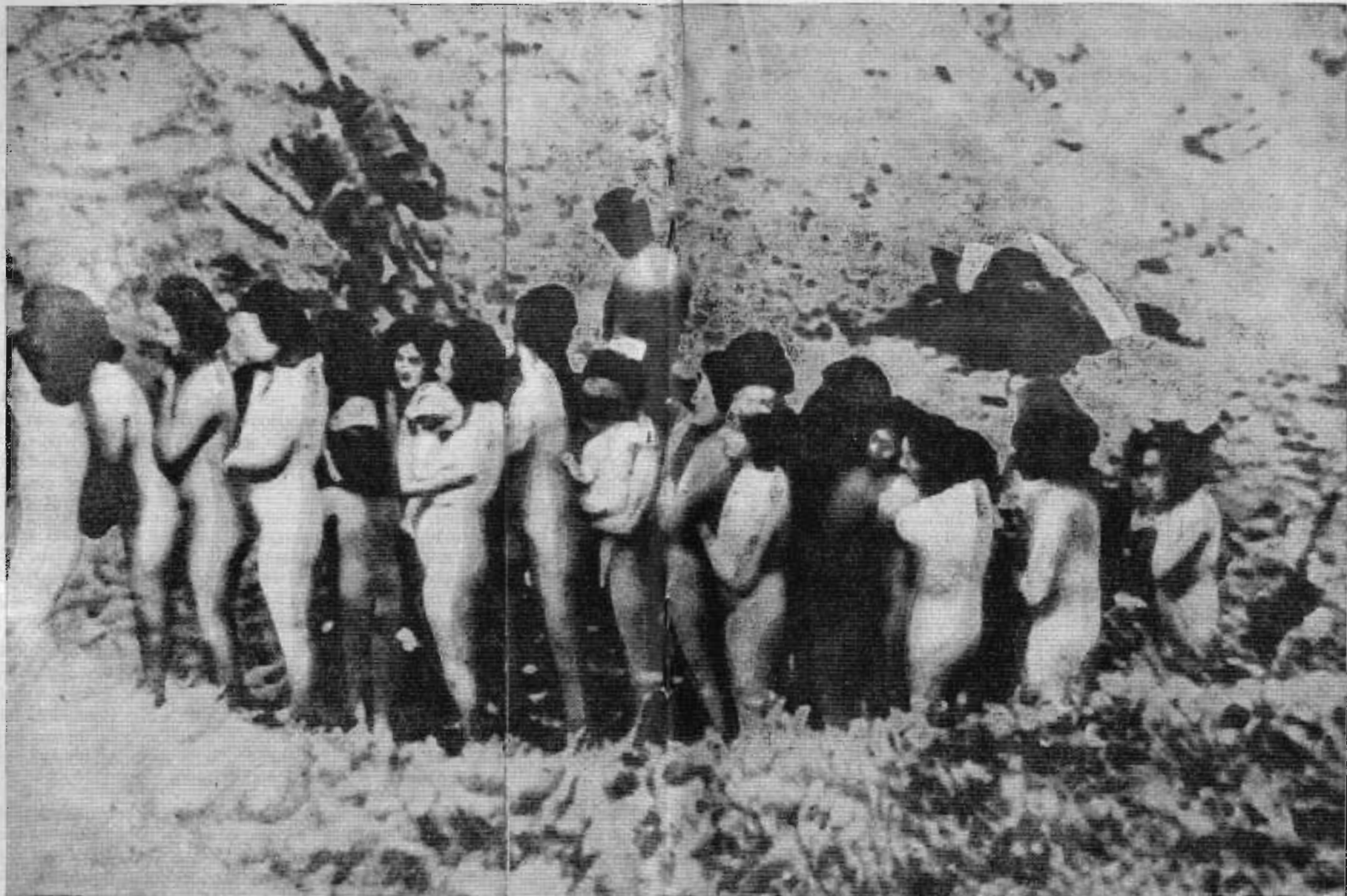
Pero ¿será así en efecto? El hitlerismo les quitó a esta gente la casa y la vida y quiso borrar sus nombres del recuerdo del mundo. Pero todos ellos, tantos las madres que cubrían con su cuerpo a sus hijos, como los niños que se secaban las lágrimas ante sus padres y aquellos que lucharon con cuchillos y arrojaron granadas y que cayeron en el combate nocturno y la muchacha desnuda, como una diosa de un mito de la antigua Grecia, que luchó sola contra decenas, todos ellos sumidos en la nada, conservarán eternamente el mejor de los nombres, el que no podrá hundir en la tierra la jauría de los esbirros de Hitler y Himmler: ¡la denominación de hombres! En su monumento la historia escribirá: "Aquí duerme un hombre".

Los habitantes de la aldea de Vulka, la más próxima a Treblinka, cuentan que algunas veces los gritos de las mujeres asesinadas eran tan espantosos que toda la aldea, perdiendo la serenidad, huía a los lejanos bosques para no oír los alaridos penetrantes que desgarraban el cielo y la tierra. Más tarde el grito se callaba de pronto y de nuevo surgía instantáneamente, espantoso, penetrante, que calaba hasta los huesos, en el cráneo, en el alma. Esto se repetía hasta tres o cuatro veces por día.

Pregunté a uno de los verdugos capturados sobre estos gritos. Aclaró que las mujeres gritaban en el instante en que soltaban a los perros y empujaban al edificio de la muerte a todo el grupo condenado. "Veían la muerte, además estaban muy apretadas, se las apaleara terriblemente y los perros las destrozaban".

Un silencio inesperado se producía cuando cerraban las puertas de las cámaras. El grito de las mujeres se elevaba nuevamente cuando era conducido a la cámara de gases un nuevo grupo. Esto se repetía dos, tres, cuatro y en ocasiones cinco veces por día. Pues el cadalso de Treblinka no era un cadalso sencillo: era un lugar de ejecución en cadena, organizado por el método del chorro, método adoptado por la producción contemporánea en la gran industria.

Y de igual manera que un verdadero combinado industrial, Treblinka no surgió de pronto tal y como ahora lo describimos. Creció paulatinamente, se desarrolló, construyó nuevos "talleres". Al principio fueron construidas tres cámaras de gasificación de dimensiones no muy grandes. Durante su montaje llegaron algunos trenes y como



En apretada fila, las mujeres judías, desnudas —algunas con sus hijitos en brazos—, se aprestan a "tomar un baño"... según les han hecho creer sus verdugos nazis. Ignoran que, en realidad, van a introducirlas en las cámaras de gas. Esta fotografía fue hallada en el archivo del comandante del campo de muerte de Treblinka.

las cámaras no estaban todavía preparadas, todos los recién llegados fueron muertos con arma blanca; con hachas, martillos y mazas. Los S.S. no querían descubrir el trabajo de Treblinka a los ojos de los que vivían en los alrededores y por ello evitaban los disparos. Las primeras tres cámaras de cemento tenían unas dimensiones pequeñas, de cinco por cinco metros, es decir, disponían de una superficie de 25 metros cuadrados cada una. Su altura era de ciento noventa centímetros. En cada una de ellas había dos puertas: por una entraban las personas vivas y la segunda servía para la extracción de los cadáveres de los "gaseados". Esta segunda puerta era muy ancha, tenía unos dos metros y medio. Las cámaras habían sido montadas juntas, con unos mismos cimientos.

Estas tres cámaras no satisfacían las exigencias de Berlín respecto a la potencia del cadalso en cadena. Inmediatamente, se comenzó la construcción del edificio descrito más arriba. Los directores de Treblinka se enorgullecían de que éste dejaba muy atrás por su potencia, por su capacidad de recepción y por la superficie "productora" de las cámaras, a todas las fábricas de muerte de la Gestapo, tanto de Majdanek, como de Sobibor y Belzec.

700 detenidos estuvieron trabajando durante cinco semanas en la erección del edificio del nuevo combinado de la muerte. En el momento álgido de los trabajos llegó desde Alemania un maestro con su brigada y procedió al montaje. Las nuevas cámaras, en número total de diez, se extendían de manera simétrica a ambos lados de un amplio corredor de cemento. En cada una de las cámaras, de igual manera que en las tres que les antecedieron, había dos puertas, la primera, que daba al corredor, por la que se metía la gente viva y la otra colocada paralelamente, abierta en el muro opuesto, que servía para extraer los cadáveres de los "gaseados". Estas puertas daban a una de las dos plataformas especiales colocadas simétricamente por ambos lados del edificio. Hasta la plataforma llegaban unas vías de trocha angosta. De esta manera los cadáveres caían por sí solos a la plataforma y desde allí, inmediatamente después, se los cargaba en vagonetas y se les llevaba al enorme sepulcro que de día y de noche estaba abriendo la excavadora colosal. El suelo de las cámaras estaba construido con gran pendiente desde el corredor hasta la plataforma, lo que aceleraba mucho el trabajo de descarga. En las cámaras viejas se descargaba los cadáveres de manera primitiva. Se los llevaban en angarillas y los arrastraban con correas. La superficie de cada cámara era de 7 por 8 metros, es decir, de 56 metros cuadrados. La superficie total de las nuevas diez cámaras alcanzaba a 560 metros cuadrados, y



Envase de gas cianhídrico CICLON, el preparado letal utilizado en las cámaras de la muerte (camufladas como "salas de baños"). Los verdugos nazis instalaban el volátil fluido venenoso en el interior de las cámaras —herméticamente cerradas— a través de las "duchas".

contando también la superficie de las tres cámaras viejas que continuaban trabajando cuando llegaban partidas pequeñas, todo Treblinka disponía de una superficie productora de muerte de 635 metros cuadrados. En una cámara se metía al mismo tiempo de 400 a 500 personas.

El proceso de asfixia en la cámara se prolongaba de 10 a 25 minutos. Al principio, cuando fueron puestas en servicio las nuevas cámaras y los verdugos, no pudiendo precisar inmediatamente el régimen de gases, llevaban a cabo experiencias para la dosificación de distintas sustancias venenosas, las víctimas pasaron por terribles martirios, conservando la vida durante dos o tres horas. En los primeros días trabajaron muy mal las instalaciones impelentes y absorbentes, y entonces los martirios de los infelices se prolongaban durante ocho y diez horas. Para la matanza se adoptaron diversos métodos, como la inyección de los gases del escape del motor de un tanque pesado que servía de fuente de fuerza motriz en la estación de Treblinka. Estos gases de escape contenían de dos a tres por ciento de óxido de carbono, gas que tiene la propiedad de cuajar la hemoglobina de la sangre en estrecha unión con lo que se llama carboxihemoglobina. Esta carboxihemoglobina es más persistente que la unión (oxihemoglobina) que se forma al contacto de la sangre que se encuentra en los alvéolos de los pulmones con el oxígeno del aire. A los 15 minutos, la hemoglobina de la sangre humana se une estrechamente con el óxido de carbono y el hombre respira inútilmente, el oxígeno deja de entrar en su organismo y aparecen síntomas de hambre de oxígeno, el corazón trabaja con una fuerza furiosa y empuja la sangre hacia los pulmones, pero la sangre envenenada por el óxido de carbono es impotente para apoderarse del oxígeno del aire. La respiración se hace ronca, aparecen fenómenos torturantes de asfixia, el conocimiento se ofusca y el hombre muere como si fuera ahorcado.

EL SEGUNDO MÉTODO adoptado en Treblinka y que obtuvo una gran difusión, fue la extracción del aire de las cámaras por medio de unas bombas especiales, y la muerte se producía por las mismas causas que el envenenamiento por óxido carbónico: al hombre se le quitaba el oxígeno. Y, finalmente, el tercer método, menos utilizado, pero que de todas maneras se empleaba, fue el asesinato por medio del vapor, método éste que también se basaba en privar al organismo del oxígeno.

El vapor expulsaba el aire de la cámara. Se utilizaron diversas sustancias venenosas, pero esto constituyó un experimento. Los sistemas para el asesinato en masa, o como si dijéramos industrial, fueron los dos de los que hemos hablado más arriba.

Así pues, el proceso de trabajo de la "fábrica" de Treblinka se reducía a privar sucesivamente al hombre de todo lo que venía gozando desde su surgimiento por la sagrada ley de la vida.

En primer lugar se le quitaba la libertad, la casa, la Patria y se le conducía a un innominado bosque desierto. Después, en la plaza de la estación, se le despojaba de los objetos de su propiedad, cartas, fotografías de los seres queridos; más tarde, tras la valla del campo, le quitaban a su madre, a su mujer, a su hijo. Después, una vez desnudo, se le despojaba de los documentos, que se arrojaban a una hoguera: al ser humano se le quitaba el nombre. Lo empujaban por un corredor de bajo techo de piedra y con ello le quitaban el cielo, las estrellas, el viento, el sol.

Y por fin, llegaba el último acto de la tragedia humana; el hombre cruzaba el último círculo del infierno de Treblinka. Se cerraban con fuerza las puertas de la cámara de cemento. Toda clase de aparatos de cierre perfeccionados: fuertes pasadores, cerraduras y pestillos sujetaban estas puertas. No se las podía arrancar.

¿Encontraremos en nosotros mismos fuerzas suficientes para pensar en lo que sentía y experimentaba en los últimos minutos la gente que se encontraba metida en estas cámaras? Es sabido que guardaban silencio. En un terrible apretujamiento en que se quebraban los huesos, la caja torácica no podía respirar, estaban de pie unos contra otros, cubiertos de un sudor mortal y pegajoso, como un solo hombre. Alguien, acaso un viejo prudente, pronunciara con esfuerzo: "¡Conso-laos, es el fin!" Otro tal vez gritara una terrible maldición. ¿Será posible que no se cumpla esta sagrada maldición?... Una madre, con esfuerzo sobrehumano, intenta ensanchar el sitio para su hijito, ¡que su respiración mortal pudiera ser aligerada aunque no fuera más que en una millonésima por el último cuidado materno! Una muchacha con la lengua ya torpe pregunta: "¿Pero por qué me asfixian, por qué?" La cabeza le da vueltas y la asfixia le oprime la garganta. ¿Qué cuadros pasan por los espejos de los ojos agonizantes? ¿La infancia, los días felices de los tiempos de paz, el último penoso viaje? Acaso se reflejó el rostro sonriente del S.S. que estaba de pie en la primera plaza frente a la estación: "¡Ah, por eso se reía!" La conciencia se ofusca y llega el momento terrible del último martirio...

¡No, no es posible imaginarse lo que sucedía en la cámara!... Los cuerpos muertos permanecían de pie, enfriándose poco a poco. Según declaración de los testigos, los que más tiempo seguían respirando eran los niños. 20 ó 25 minutos después los ayudantes de Schmidt observaban por unas mirillas. Llegaba el momento de abrir las puertas de la cámara que daban a la plataforma. Presos vestidos con monos, arreados por los gritos de los S.S., comenzaban la descarga. Como el suelo tenía pendiente hacia la plataforma, muchos cuerpos caían por sí solos. Personas que trabajaron en la descarga de las cámaras me contaban que los rostros de los muertos estaban muy amarillos y que aproximadamente un 70 por ciento de los asesinados destilaban unos hilos de sangre por la nariz y la boca. Los fisiólogos pueden explicar eso. Los S.S. hablaban unos con otros y examinaban los cadáveres. Si alguno resultaba estar vivo, gemía o se movía, le daban el tiro de gracia con una pistola. Después, un equipo armado de tenazas de dentista arrancaba a los muertos los dientes de oro y de platino. Esos dientes los clasificaban según su valor, los embalaban en cajas y los enviaban a Alemania. Si a los S.S. les hubiera resultado más ventajoso o más cómodo arrancar los dientes a las personas en vida, claro está que lo hubieran hecho así sin el menor titubeo. Pero por lo visto el arrancar los dientes a los muertos era más cómodo y más fácil.

Se cargaba a los cadáveres en unas vagonetas y se les conducía a un enorme sepulcro. En él eran colocados unos junto a otros, bien apretados. El foso permanecía abierto, estaba esperando. Y durante este tiempo, cuando apenas había comenzado la descarga de los "gaseados", el *Scharführer* que trabajaba en el transporte recibía una breve orden por teléfono. El *Scharführer* daba un pitido que era la señal para el maquinista y otros 20 vagones avanzaban lentamente hacia el andén junto al que se elevaba la placa de la estación de "Ober-Maidan". Otras 3 ó 4 mil personas, cargadas con sus maletas, bultos y paquetes con comida, salían a la plaza de la estación. Las madres llevaban a sus hijos de la mano, los hijos mayorcitos se apretaban contra los padres mirando atentamente hacia todos lados. Algo alarmante y terrible había en esta plaza pisoteada por millones de pies... ¿Y por qué de pronto al final de la plataforma de la estación se terminaba la vía, crecía hierba amarilla y se elevaba una alambrada de tres metros de alto?...

La recepción del nuevo contingente se llevaba a cabo siguiendo un horario riguroso, de tal manera que las víctimas entraran por el

"camino sin regreso" precisamente en el momento en que los últimos cadáveres de los "gaseados" eran arrojados al foso. Éste seguía sin cubrir; esperaba.

Y el comandante del campo de concentración, sentado en su despacho, rodeado de papeles y de esquemas, llamaba por teléfono a la estación de Treblinka y a las vías de reserva, por las que chirriando y trepidando avanzaba un tren de 60 vagones rodeados por los S.S. de escolta, deslizándose por la angosta vía de reserva entre dos hileras de pinos.

Las enormes excavadoras trabajaban y chirriaban abriendo día y noche nuevos fosos de cien metros de largo y de una enorme profundidad. Y las zanjas quedaban sin cubrir. Esperaban. Pero no esperaban mucho tiempo.

campo polaco situado a tres kilómetros, la gente se ahogaba. En este trabajo de cremación de cadáveres fueron empleados ochocientos detenidos, cantidad que supera a la de los trabajadores empleados en los altos hornos o en los hornos Martin de cualquier gigante de la metalurgia. Este taller monstruoso trabajó día y noche durante ocho meses sin interrupción, y no pudo terminar con la cremación de los millones de cuerpos exhumados. Es verdad que continuamente estuvieron llegando nuevos contingentes para ser "gaseados" y esto también recargaba los hornos.

Llegaron trenes de Bulgaria. Los S.S. y los guardianes se alegraron de su llegada porque, engañados por los alemanes y por el gobierno fascista búlgaro de entonces, las gentes, no previendo su suerte, llevaban consigo gran cantidad de objetos de valor, muchos productos alimenticios sabrosos, pan blanco. Más tarde empezaron a llegar trenes de Grodno y Bialystok, después trenes procedentes del *ghetto* de Varsovia que se había sublevado; llegaron trenes cargados con campesinos insurrectos polacos, con obreros y con soldados. Llegó un contingente de gitanos de Besarabia, compuesto de unos doscientos hombres y ochocientas mujeres y niños. Los gitanos vinieron a pie y tras ellos unos carros tirados por caballos; también habían sido engañados y estas mil personas llegaron escoltadas solamente por dos guardias montados, quienes ignoraban que conducían a la gente a la muerte. Cuentan que las gitanas juntaban las manos con admiración viendo el hermoso edificio de "gasificación", sin adivinar hasta el último momento la suerte que les esperaba. Esto divirtió especialmente a los alemanes. Los S.S. se ensañaron cruelmente con los sublevados del *ghetto* de Varsovia. Separaron a las mujeres y a los niños del grupo y los condujeron no a las cámaras de gases, sino a los lugares donde se quemaban los cadáveres. Obligaron a las madres enloquecidas de espanto a llevar a sus hijos a las vigas al rojo, sobre las que en medio de las llamas y del humo, se retorcián miles de cuerpos muertos, donde los cadáveres, como si revivieran, se removían y se retorcián, donde los vientres de las muertas embarazadas reventaban a causa del calor y los niños fallcidos antes de nacer ardían en el vientre abierto de sus madres. Este espectáculo era capaz de trastornar el juicio de la persona más templada, y los alemanes consideraban con toda razón que iba a impresionar cien veces más de lo que estaban a las madres que intentaban tapar los ojos de sus hijos, quienes se lanzaban hacia ellas y gritaban enloquecidos: "Mamá, ¿qué va a ser de nosotros, nos van a quemar?" ¡El Dante en su Infierno no presenció semejante cuadro!

Los alemanes, después de distraerse con este espectáculo, quemaban a los niños.

La sola lectura de estas cosas es terriblemente dura. Pero que el lector me crea: no es menos duro escribirlas. Es posible que alguien pregunte: "¿Para qué escribir, para qué recordar todo esto?"

El deber del escritor es el de contar la espantosa verdad y el deber ciudadano del lector es conocerla. Todo aquel que vuelve la cabeza, que cierra los ojos y pasa adelante, ofende la memoria de los caídos.

EL "LAZARETO" también fue reorganizado de nuevo. Antes se conducía a los enfermos a un lugar rodeado de ramas, donde los recibía un falso "médico" y los mataba. Los cuerpos de los muertos, viejos y enfermos, eran transportados en angarillas hasta el foso general. Después también allí fue excavada una hondonada circular. Alrededor de ésta, como alrededor de un estadio deportivo, había colocados unos bancos de poca altura tan próximos al borde que los que se sentaban en ellos se encontraban sobre la zanja misma. En el fondo de la hondonada fueron construidas unas parrillas en las que ardían los cadáveres. A los enfermos y a los viejos achacosos se les conducía al "lazareto" y los "sanitarios" les invitaban a que se sentaran en los bancos de cara a la hoguera de cuerpos humanos. Después de divertirse con el espectáculo, los caníbales disparaban a las nuca canosas y a las espaldas encorvadas de los que estaban sentados, que, muertos o heridos, caían a la hoguera.

Nosotros conocíamos el tosco humor alemán y siempre lo valorábamos en bastante poco. ¿Pero pudo nunca nadie de entre los vivos figurarse lo que fue el humor de los S.S. en Treblinka, lo que fueron las diversiones de los S.S. y las bromas de los S.S.?

Organizaron competiciones de fútbol entre los condenados a muerte, les obligaban a jugar al "marro", organizaron un coro y unas danzas con los presos. Cerca de las viviendas alemanas fue construida una casa de fieras: metidos en jaulas había animales salvajes inofensivos como lobos y zorras; pero las más terribles fieras que hay en la tierra, semejantes a cerdos, estaban en libertad, se sentaban en los bancos de álamo y oían música; hasta fue compuesto un himno espe-

cial para los condenados —“Treblinka”—, del que son las siguientes palabras:

“Für un gibt's heute nur Treblinka,
Das unser Schicksal ist...”¹

Obligaban a gentes ensangrentadas a que algunos minutos antes de su muerte ensayaran a coro unas idiotas canciones sentimentales alemanas:

“...Ich brach das Blümelein
und schenkte es dem schönsten
geliebten Mädlein...”²

El comandante mayor del campo separó algunos niños de uno de los grupos recién llegados, mató a sus padres, vistió a los niños con los mejores vestidos, los hartó de dulces, jugó con ellos y, después, pasados algunos días, cuando se cansó de este pasatiempo, mandó que los mataran.

Una de las principales distracciones consistía en la violación y el ensañamiento en las mujeres jóvenes y guapas y muchachas que separaban de cada contingente de condenados. Por la mañana, los mismos violadores las conducían a la cámara de gases. Así se distraían los S.S. de Treblinka, baluarte del régimen hitleriano y orgullo de la Alemania nazi.

Es oportuno señalar que estos seres en general no eran unos ejecutantes mecánicos de una voluntad extraña. Todos los testigos señalaban un rasgo que les era común: la afición a los razonamientos teóricos, a filosofar. Todos ellos tenían la debilidad de pronunciar discursos a los condenados, de jactarse ante ellos, de exponer la profunda razón y la importancia para el futuro de lo que sucedía en Treblinka. Explicaban de manera detallada la supremacía de su raza sobre las demás, declamaban grandes parrafadas sobre la sangre alemana, el carácter alemán y la misión de los alemanes.

Su fe estaba expuesta en los libros de Hitler y Rósenberg y en los folletos de Goebbels.

¹ Para nosotros no queda más que Treblinka, este es nuestro destino.

² Corté una florecilla y se la regalé a mi bellísima amada.

Después de trabajar y de divertirse como acabamos de describir, dormían como unos santos, no turbados por malos sueños ni pesadillas. Su conciencia nunca les atormentaba, sin duda porque ninguno de ellos la tuvo nunca. Hacían gimnasia, cuidaban celosamente de su propia salud, bebían leche, se preocupaban mucho por las comodidades de su vida. Construían empalizadas alrededor de sus viviendas, bellos macizos de flores, kioscos. Frecuentemente, varias veces por año, se marchaban de vacaciones a Alemania porque la jefatura consideraba el trabajo en su “establecimiento” como muy nocivo y se preocupaba mucho de su salud. En su patria andaban con orgullo, con la cabeza levantada y no hablaban de su trabajo, no porque se avergonzaban de él, sino, simplemente, porque siendo disciplinados, no tenían el valor de infringir lo firmado por ellos ni el solemne juramento prestado. Y cuando llevando a sus mujeres del brazo iban por las noches al cine y se reían a carcajadas o golpeaban el suelo con sus botas herradas, resultaba difícil distinguirlos de los ciudadanos corrientes. Pero eran bestias en el más amplio sentido de la palabra, bestias S.S.

EL VERANO de 1943 resultó ser extraordinariamente cálido en estos lugares. Durante muchas semanas no hubo ni lluvia, ni nubes, ni viento. El trabajo de cremación de los cadáveres se encontraba en su punto álgido. Ya llevaban ardiendo seis meses día y noche los hornos y habían sido incinerados algo más de la mitad de los cadáveres.

Los detenidos que trabajaban en la cremación de los cadáveres no podían soportar los espantosos sufrimientos morales y físicos y diariamente se suicidaban de 15 a 20 hombres. Muchos buscaban la muerte infringiendo deliberadamente el régimen disciplinario.

“Recibir una bala era un lujo”, me decía un muchacho panadero de Kossuvo que huyó del campo. La gente decía que en Treblinka ser condenado a vivir era mucho más terrible que ser condenado a muerte.

Las cenizas y los restos calcinados eran sacados fuera del campo. Los campesinos de la aldea de Vulka fueron movilizados por los alemanes para cargar las cenizas en carros y descargarlas a lo largo de los caminos que conducían al campo de la muerte y al campo polaco penitenciario. Niños detenidos, con palas, arrojaban y extendían por igual estas cenizas por los caminos. Algunas veces encontraban entre las cenizas monedas de oro y coronas semifundidas. A causa de la ceniza, estos caminos se volvieron negros como una cinta de luto. A

los niños se les llamaba "los niños del camino negro". Las ruedas de los automóviles hacían un ruido especial por este camino. Y cuando pasé por él fui oyendo continuamente bajo las ruedas un triste murmullo, tenue como un débil lamento.

Los campesinos estuvieron cargando ceniza y restos quemados desde la primavera de 1943 hasta el verano de 1944. Diariamente trabajaron 20 carros y cada uno de ellos hacía de 5 a 8 viajes por día, cargando de 7 a 8 *puds* de cenizas en cada uno.

En la canción "Treblinka" que los alemanes obligaban a cantar a los 800 hombres que trabajaban en la cremación de los cadáveres, hay unas palabras en las que se invita a los reclusos a la sumisión y a la obediencia; a cambio de ello se les promete "la pequeñísima felicidad que brilla por un breve instante". Y cosa sorprendente, en la vida del infierno de Treblinka hubo, en efecto, un día feliz. Los alemanes, sin embargo, se equivocaron, porque no fueron la sumisión y la obediencia las que proporcionaron este día a los condenados a muerte. La audacia loca fue la que dio nacimiento a este día. Los reclusos concibieron un plan de sublevación. No tenían nada que perder. Todos ellos eran condenados a muerte, cada día de vida era un día de sufrimientos y martirios. Ni uno siquiera de entre ellos, testigo de los terribles crímenes de los alemanes, hubiera sido perdonado, a todos les esperaba "el gaseamiento"; y, en efecto, se les enviaba allí después de algunos días de trabajo y se les sustituía por otros nuevos, sacados de los contingentes que iban llegando. Sólo algunas decenas de hombres vivieron, no ya días y horas, sino semanas y meses: fueron los maestros calificados, como carpinteros, albañiles, los panaderos que servían a los alemanes, sastres y barberos. Éstos precisamente fueron quienes organizaron el comité de la sublevación. Como se comprende, sólo condenados a muerte y personas dominadas por un sentimiento de venganza feroz y de un odio implacable, podían formar un plan de sublevación tan descabellado. No quisieron huir hasta no destruir completamente Treblinka. Y lo destruyeron. En las barracas de los obreros aparecieron las armas: hachas, cuchillos, mazas. ¡A qué precio, y con qué inmenso riesgo fueron conseguidos! ¡Cuánta maravillosa paciencia, astucia y habilidad fueron necesarios para ocultarlos de las búsquedas y esconderlos en las barracas! Se hicieron reservas de gasolina para rociar e incendiar las construcciones del campo. ¿Cómo se acumuló esta bencina y cómo desapareció sin dejar rastros, cual si se hubiera evaporado? Fueron necesarios unos esfuerzos sobrehumanos, la tensión de la inteligencia, de la voluntad, y un

atrevimiento inaudito. Finalmente hicieron una gran galería bajo la barraca donde los alemanes tenían el arsenal. En esto también la audacia ayudó a la gente, el dios de los audaces los protegió. Del depósito de armas fueron extraídas 20 granadas de mano, una ametralladora, carabinas y pistolas. Todo esto fue metido en escondrijos y enterrado por los conspiradores. Los conjurados se dividieron en grupos de cinco. El complicado y enorme plan de la sublevación fue elaborado hasta los últimos detalles. Cada grupo de cinco hombres tenía una misión precisa. Y cada tarea, de una exactitud matemática, era una verdadera locura. Unos se encargaron de asaltar las torres en las que se encontraban guardianes con ametralladoras. Otros debían atacar por sorpresa a los centinelas que circulaban por entre las plazas del campo. Un tercer grupo debía atacar los automóviles blindados. El cuarto fue encargado de cortar las comunicaciones telefónicas, el quinto debía caer sobre el edificio del cuartel, el sexto abrir una brecha en la alambrada de púas; el séptimo, tender un puente a través del foso antitanque; el octavo rociar con gasolina los edificios del campo y prenderles fuego; el noveno debía destruir todo lo que fácilmente pudiera ser destruido.

Fue prevista incluso la provisión de dinero para los que habían de huir. Un médico de Varsovia, encargado de reunirlo, estuvo a punto de echarlo todo a perder. Una vez el *Scharführer* notó en el bolsillo de sus pantalones un grueso paquete de billetes, que el doctor iba a ocultar en un escondrijo. El *Scharführer* hizo como si no se hubiera dado cuenta. E inmediatamente informó a Kurt Franz. Se trataba naturalmente de un acontecimiento extraordinario. Franz se dirigió personalmente a interrogar al médico. En seguida sospechó que ocurría algo anormal, porque, bien mirado ¿para qué necesitaba el dinero un condenado a muerte? Franz comenzó el interrogatorio seguro y sin prisa, porque dudaba de que hubiera en el mundo nadie que supiera hacer confesar por medio de torturas tan bien como él. Pero el médico de Varsovia fue más astuto que el capitán de S.S.: se envenenó. Uno de los participantes en la sublevación me contó que nunca se esforzaron con tanto empeño en salvar la vida de un hombre en Treblinka como aquella vez. Por lo visto Franz comprendía por instinto que el médico moribundo guardaba un importante secreto. Pero el veneno alemán actúa infaliblemente y el misterio continuó siendo misterio.

los niños se les llamaba "los niños del camino negro". Las ruedas de los automóviles hacían un ruido especial por este camino. Y cuando pasé por él fui oyendo continuamente bajo las ruedas un triste murmullo, tenue como un débil lamento.

Los campesinos estuvieron cargando ceniza y restos quemados desde la primavera de 1943 hasta el verano de 1944. Diariamente trabajaron 20 carros y cada uno de ellos hacía de 5 a 8 viajes por día, cargando de 7 a 8 *puds* de cenizas en cada uno.

En la canción "Treblinka" que los alemanes obligaban a cantar a los 800 hombres que trabajaban en la cremación de los cadáveres, hay unas palabras en las que se invita a los reclusos a la sumisión y a la obediencia; a cambio de ello se les promete "la pequeñísima felicidad que brilla por un breve instante". Y cosa sorprendente, en la vida del infierno de Treblinka hubo, en efecto, un día feliz. Los alemanes, sin embargo, se equivocaron, porque no fueron la sumisión y la obediencia las que proporcionaron este día a los condenados a muerte. La audacia loca fue la que dio nacimiento a este día. Los reclusos concibieron un plan de sublevación. No tenían nada que perder. Todos ellos eran condenados a muerte, cada día de vida era un día de sufrimientos y martirios. Ni uno siquiera de entre ellos, testigo de los terribles crímenes de los alemanes, hubiera sido perdonado, a todos les esperaba "el gaseamiento"; y, en efecto, se les enviaba allí después de algunos días de trabajo y se les sustituía por otros nuevos, sacados de los contingentes que iban llegando. Sólo algunas decenas de hombres vivieron, no ya días y horas, sino semanas y meses: fueron los maestros calificados, como carpinteros, albañiles, los panaderos que servían a los alemanes, sastres y barberos. Éstos precisamente fueron quienes organizaron el comité de la sublevación. Como se comprende, sólo condenados a muerte y personas dominadas por un sentimiento de venganza feroz y de un odio implacable, podían formar un plan de sublevación tan descabellado. No quisieron huir hasta no destruir completamente Treblinka. Y lo destruyeron. En las barracas de los obreros aparecieron las armas: hachas, cuchillos, mazas. ¡A qué precio, y con qué inmenso riesgo fueron conseguidos! ¡Cuánta maravillosa paciencia, astucia y habilidad fueron necesarios para ocultarlos de las búsquedas y esconderlos en las barracas! Se hicieron reservas de gasolina para rociar e incendiar las construcciones del campo. ¿Cómo se acumuló esta bencina y cómo desapareció sin dejar rastros, cual si se hubiera evaporado? Fueron necesarios unos esfuerzos sobrehumanos, la tensión de la inteligencia, de la voluntad, y un

atrevimiento inaudito. Finalmente hicieron una gran galería bajo la barraca donde los alemanes tenían el arsenal. En esto también la audacia ayudó a la gente, el dios de los audaces los protegió. Del depósito de armas fueron extraídas 20 granadas de mano, una ametralladora, carabinas y pistolas. Todo esto fue metido en escondrijos y enterrado por los conspiradores. Los conjurados se dividieron en grupos de cinco. El complicado y enorme plan de la sublevación fue elaborado hasta los últimos detalles. Cada grupo de cinco hombres tenía una misión precisa. Y cada tarea, de una exactitud matemática, era una verdadera locura. Unos se encargaron de asaltar las torres en las que se encontraban guardianes con ametralladoras. Otros debían atacar por sorpresa a los centinelas que circulaban por entre las plazas del campo. Un tercer grupo debía atacar los automóviles blindados. El cuarto fue encargado de cortar las comunicaciones telefónicas, el quinto debía caer sobre el edificio del cuartel, el sexto abrir una brecha en la alambrada de púas; el séptimo, tender un puente a través del foso antitanque; el octavo rociar con gasolina los edificios del campo y prenderles fuego; el noveno debía destruir todo lo que fácilmente pudiera ser destruido.

Fue prevista incluso la provisión de dinero para los que habían de huir. Un médico de Varsovia, encargado de reunirlos, estuvo a punto de echarlo todo a perder. Una vez el *Scharführer* notó en el bolsillo de sus pantalones un grueso paquete de billetes, que el doctor iba a ocultar en un escondrijo. El *Scharführer* hizo como si no se hubiera dado cuenta. E inmediatamente informó a Kurt Franz. Se trataba naturalmente de un acontecimiento extraordinario. Franz se dirigió personalmente a interrogar al médico. En seguida sospechó que ocurría algo anormal, porque, bien mirado ¿para qué necesitaba el dinero un condenado a muerte? Franz comenzó el interrogatorio seguro y sin prisa, porque dudaba de que hubiera en el mundo nadie que supiera hacer confesar por medio de torturas tan bien como él. Pero el médico de Varsovia fue más astuto que el capitán de S.S.: se envenenó. Uno de los participantes en la sublevación me contó que nunca se esforzaron con tanto empeño en salvar la vida de un hombre en Treblinka como aquella vez. Por lo visto Franz comprendía por instinto que el médico moribundo guardaba un importante secreto. Pero el veneno alemán actúa infaliblemente y el misterio continuó siendo misterio.

A FINES DE JULIO comenzó un calor asfixiante. Cuando desenterraban las tumbas se escapaba un vapor como el que despedirían unas gigantescas calderas. El monstruoso hedor y el calor de los hornos mataban a la gente. Extenuados, los que transportaban los cadáveres caían muertos también sobre las parrillas. Miles de millones de moscas cebadas y hartas se arrastraban por la tierra y zumbaban por el aire. Se estaban quemando los últimos centenares de miles de cuerpos humanos.

La sublevación se fijó para el 2 de agosto. Como señal debía servir el disparo de un revólver. La causa sagrada fue coronada por el éxito. Al cielo se elevaron nuevas llamas, pero éstas no eran ya las pesadas y llenas de humo grasiento, las llamas de los cadáveres que ardían, sino el fuego resplandeciente, ardoroso y devorador del incendio. Ardieron los edificios del campo y a los sublevados les pareció que el mismo sol, deshaciéndose en pedazos, era el que brillaba sobre Treblinka, presidiendo la fiesta de la libertad y del honor.

Restallaron los disparos, tabletearon atropelladamente las ametralladoras de las torres tomadas por los sublevados. Victoriosamente, como las campanas de la verdad, sonaban las explosiones de las granadas de mano. El aire se estremeció por el estruendo y el crujido, se derrumbaron los edificios, el silbido de las balas ahogaba el zumbido de las moscas de los cadáveres. Fueron enarboladas al claro y limpio aire las hachas rojas de sangre. El día 2 de agosto, por la tierra del infierno de Treblinka corrió la sangre repugnante de los S.S. Y el cielo azul, que irradiaba luz, festejó solemnemente el momento de la venganza. Entonces se repitió la historia vieja como el mundo: los seres que se consideraban a sí mismos como representantes de la raza superior, los seres que proclamaban tronando "Achtung! Mützen ab!"¹, los seres que arrancaban de sus casas a los habitantes de Varsovia para llevarlos a la muerte, los que con unas voces de un zumbido repugnante de dominadores gritaban: "Ale r-r-raus!"², estos seres tan convencidos de su poderío cuando se trataba de la ejecución de millones de mujeres y de niños, resultaron cobardes, asquerosos, miserables, que imploraban perdón servilmente apenas se trataba de una verdadera lucha a muerte. Se desconcertaban, corrían de un lado para otro como ratas; se olvidaron del sistema diabólicamente pen-

¹ ¡Atención! ¡Quitarse los sombreros!

² ¡Salgan todos!

sado de defensa de Treblinka. ¿Pero vale la pena hablar de esto y es necesario acaso extrañarse de ello?

Dos meses y medio después, el 14 de octubre de 1943, se produjo un levantamiento en la fábrica de muerte de Sobibor, organizado por un prisionero de guerra soviético, un delegado político natural de Rostov que llevaba el nombre de Saschko Pechersky. Y allí se repitió lo mismo que en Treblinka: gentes medio muertas de hambre fueron capaces de enfrentar a centenares de bandidos S.S. ávidos de sangre inocente. Los sublevados mataron a la guardia con hachas construidas por ellos mismos en las herrerías del campo, el arma de muchos de ellos fue la arena fina, de la que Saschko ordenó que se llenaran los bolsillos y con la que cegaron los ojos de los centinelas... ¿Pero hay que maravillarse de esto?

Cuando ardió Treblinka y los sublevados, en silencio, despidiéndose de la gente convertida en ceniza salieron a través de la alambrada, de todos lados se lanzaron unidades de S.S. y de policía a perseguir a los que huían. Centenares de perros policías fueron lanzados tras los rastros. Los alemanes movilizaron la aviación. Los combates se sucedieron por los bosques, por los pantanos y son pocos, son contados aquellos de entre los sublevados que se cuentan hoy entre los vivos.

Desde el 2 de agosto Treblinka dejó de existir. Los alemanes acabaron de incinerar los cadáveres que quedaban, derribaron los edificios de piedra, quitaron las alambradas, quemaron las barracas de madera que habían quedado a medio arder. Fue volado el edificio de la muerte, cargada y transportada la instalación, destruidos los hornos, y llevadas a otro sitio las excavadoras, los enormes e innumerables fosos fueron cubiertos de tierra, arrasada hasta la última piedra del edificio de la estación y finalmente destrozada la vía férrea y hechas desaparecer las traviesas. En el territorio ocupado por el campo fue sembrado altramuz, y construyó su casita el colono Streben. En la actualidad no existe siquiera esta casita porque fue quemada. ¿Qué es lo que querían conseguir con todo esto los alemanes? ¿Hacer desaparecer las huellas del asesinato de millones de personas en el infierno de Treblinka? ¿Pero acaso es esto concebible? ¿Es que sería posible obligar a guardar silencio a miles de personas que vieron cómo los trenes de condenados a muerte se dirigían desde toda Europa al lugar de ejecución en cadena? ¿Habría poder humano capaz de ocultar aquellas mortecinas y pesadas llamas y el humo aquél que durante ocho meses flotaba en el cielo y que era visto de día y de noche por

los habitantes de decenas de pueblos y aldeas? ¿Quién sería capaz de arrancar de los oídos de los campesinos de la aldea de Vulka y obligarles a que olviden el espantoso llanto de mujeres y niños que resonó durante trece meses y que hasta hoy día parece estar metido en sus sienes? ¿Es posible obligar a que callen los campesinos que durante un año estuvieron transportando ceniza humana desde el campo hasta los caminos de los alrededores? ¿Es posible obligar al silencio a los testigos que quedaron con vida de los trabajos del cadalso de Treblinka, desde los primeros días de su aparición hasta el día 2 de agosto de 1943, último de su existencia, testigos que contaron concordante y exactamente sobre cada S.S. y vigilante, testigos que paso tras paso, hora tras hora establecieron el diario de Treblinka? Ahora ya no se les gritará "Mützen ab!"¹, ahora ya no se les conducirá a las cámaras de gases. Y Himmler ya no tiene poder sobre sus ayudantes, quienes, agachando muy baja la cabeza, sobándose con los dedos temblorosos las puntas de sus guerreras, cuentan con voz sorda y monótona la historia de sus crímenes, que parece una locura, un delirio. Un oficial soviético con la cinta verde de la medalla de la defensa de Stalingrado escribe hoja tras hoja las declaraciones de los criminales. Y a la puerta se halla, con los labios apretados, un centinela en cuyo pecho también pende la medalla de Stalingrado y en cuyo rostro seco y curtido por el viento hay un sello severo. Es el rostro de la justicia del pueblo. ¿Y no es un símbolo asombroso que llegase a Treblinka, junto a Varsovia, uno de los ejércitos victoriosos de Stalingrado? No fue sin razón que se inquietase Héinrich Himmler en febrero de 1943, no sin causa vino volando a Treblinka, fue por algo por lo que ordenó construir unos hornos, quemar y suprimir las huellas. Pero todo su esfuerzo fue en vano. Los de Stalingrado llegaron hasta Treblinka, el camino entre el Volga y el Vístula resultó ser corto. Y ahora la tierra misma de Treblinka no quiere ser cómplice de los crímenes cometidos por los asesinos, arroja de su seno los huesos, los objetos pertenecientes a los muertos y que los hitleristas intentaron esconder en sus entrañas.

LEGAMOS AL CAMPO DE TREBLINKA a principios de setiembre de 1944; es decir, trece meses después de estallar la sublevación. Trece meses trabajó el cadalso. Y durante trece meses los alemanes estuvieron intentado borrar las huellas de su trabajo.

¹ ¡Quitarse los sombreros!

Silencio. Apenas se mueven las copas de los pinos que se elevan a lo largo del ferrocarril. Fue a estos mismos pinos, a esta arena, a estos viejos tocones a los que miraron millones de ojos humanos desde los vagones que se deslizaban despacio hacia el andén. Crujen levemente la ceniza y los restos calcinados en el camino negro, bordeado cuidadosamente, a lo alemán, de piedras pintadas de blanco. Hemos entrado en el campo y marchamos por la tierra de Treblinka. Vainas de altramuz se revientan al más pequeño roce, o se abren de por sí haciendo un ligero ruido. Millones de semillas se esparcen por la tierra. El ruido de las semillas que caen, el sonido de las vainas que se abren se funde en una melodía continua, triste y suave. Parece como si de la misma profundidad de la tierra se oyera el sonido fúnebre, triste, amplio y tranquilo de unas pequeñas campanas apenas perceptibles. Y la tierra tiembla bajo los pies, hinchada, gorda, como si estuviera empapada en aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, inestable como un abismo del mar. Este lugar baldío cercado de alambradas devoró más vidas humanas que todos los océanos y mares del globo terrestre durante toda la existencia del género humano.

La tierra arroja de sí los huesos partidos, los dientes, objetos, papeles: no quiere guardar el misterio.

Y los objetos surgen de la tierra reventada, de sus heridas sin cerrar. Aquí están las camisas semipodridas de los muertos, los pantalones, el calzado, las pitilleras cubiertas de verdín, ruedecitas de relojes de bolsillo, cortaplumas, brochas de afeitarse, candelabros, zapatos de niño con borlas rojas, toallas con bordados ucranianos, puntillas de ropa blanca, tijeras, dedales, corsés, fajas. Y más lejos, por entre las grietas de la tierra surgen a la superficie montones de vajilla: sartenes, jarros de aluminio, tazas, cacerolas pequeñas y grandes, cazos, bidones, jarrillos, tacitas irrompibles infantiles... Y más lejos, de la tierra removida, sin fondo, exactamente como si la mano de alguien arrojara a la luz lo guardado por los alemanes, sale a la superficie un pasaporte soviético semipodrido, un cuaderno de notas en lengua búlgara, fotografías de niños de Varsovia y de Viena, una carta infantil con letra retorcida, un librito de versos, una plegaria copiada en unas hojas amarillas, una cartilla de racionamiento de Alemania... Y por todas partes contenedores de tarros y frasquitos de perfume, de cristal granulado, verdes, color de rosa, azules... Sobre todos ellos se cierne un espantoso olor a materia descompuesta que no han podido vencer ni el fuego, ni el sol, ni la lluvia, ni la nieve, ni el viento. Y

centenares de minúsculas moscas del bosque se posan sobre los objetos semidestruidos, los papeles y las fotografías.

Seguimos más adelante por la tierra insondable y vacilante de Treblinka y de pronto nos detenemos. Unos cabellos rubios y espesos, de reflejos cobrizos, finos, maravillosos cabellos de muchacha, pisoteados en la tierra, y al lado unos rizos igualmente claros, y más lejos unas trenzas negras, pesadas, sobre la arena amarilla, y más lejos más y más. Esto, por lo visto, era el contenido de un solo saco de cabelleras olvidadas, que no fue cargado.

¡Todo esto es verdad! La última esperanza de que todo esto fuera un sueño se derrumba. Y las vainas de altramuz suenan sin cesar, golpean las semillas como si verdaderamente desde la profundidad de la tierra llegara el sonido fúnebre de incontables pequeñas campanas. Y parece como si el corazón se detuviera ahora oprimido por una tristeza, por una pena, por una nostalgia tales como el hombre no puede soportar.

Los sabios, los sociólogos, criminalistas, psiquiatras, filósofos analizarán qué es todo esto. ¿Se trata de rasgos orgánicos, atavismo, educación, medio, condiciones externas, predeterminación histórica, voluntad criminal de los dirigentes? ¿Qué es esto, cómo sucedió esto? Los rasgos embrionarios de racismo que se hallan en las exposiciones de toda clase de profesores charlatanes y de pobres teóricos provinciales alemanes del siglo pasado hacia el "cerdo ruso", el "bestia polaco", el "judío apestoso", el "pervertido francés", el "mercachifle inglés", el "hipócrita griego", el "fonto del checo", toda esta parlería barata de la supremacía del alemán sobre el resto de los pueblos de la tierra de la que se burlaron bonachonamente los publicistas y los humoristas, todo esto de pronto, en el lapso de algunos años, se transformó, de unos rasgos "infantiles", en una amenaza mortal para la humanidad, la vida y la libertad, y llegó a ser origen de increíbles e inauditos sufrimientos, torrentes de sangre y crímenes. En esto hay materia sobre qué pensar.

Son espantosas las guerras como la actual¹. Pero hoy no basta con hablar de la responsabilidad de todos los pueblos y de todos los ciudadanos del mundo por el futuro.

¡Toda persona de hoy está obligada ante su conciencia, ante su hijo y ante su madre, ante la patria y ante la humanidad a contestar

¹ Este trabajo fue escrito en 1944, durante la segunda guerra mundial.

con toda la fuerza de su alma y de su inteligencia a la pregunta de quién dio nacimiento al racismo, qué es necesario para que el nazismo, el hitlerismo, no resucite en ningún sitio, ni a este ni a otro lado del océano; nunca, por los siglos de los siglos!

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

Publicaciones del Ejecutivo Sudamericano
del Congreso Judío Mundial
Corrientes 1979 - Buenos Aires

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDIA

1. Menájem Boreisho: LA HISTORIA DEL IDISCH. (Agotado)
2. Teodoro Herzl: EL PRIMER CONGRESO SIONISTA. (Agotado)
3. Abraham Platin: LA HISTORIA DEL HEBREO.
4. Simja Sneh: HISTORIA DE UN EXTERMINIO.
5. Shalom Rósenberg: BREVE HISTORIA DE JERUSALEM.
6. Chaim Weizmann: HISTORIA DE LA DECLARACIÓN BALFOUR.
7. Paúl Warszawski: HISTORIA DE LA PARTICIÓN DE PALESTINA.
8. Perla Haydée Bumaschny: LA HISTORIA DEL LADINO.
9. Anatole Goldstein: LOS NAZIS EN ACCIÓN.
10. Jonás Türkow: EL LEVANTAMIENTO DEL GHETTO DE VARSOVIA.
11. Jaime Barylko: LA HISTORIA DE PÉSAJ.
12. Vasili Grossman: EL INFIERNO DE TREBLINKA.

En Preparación:

León Dujovne: LA CONCEPCIÓN DE DIOS EN LA BIBLIA.
Josef Fraenkel: HISTORIA DE LOS CONGRESOS SIONISTAS.
Miguel Smilg-Benario: LA LEYENDA DEL CRIMEN RITUAL.
Jaime Barylko: LOS SALMOS.
León Dujovne: LA CONCEPCIÓN DE LA NATURALEZA EN LA BIBLIA.
Hardi Swarsensky: LA NOCHE DE CRISTAL.

Colección: GRANDES FIGURAS DEL JUDAISMO

1. Samuel Rollansky: SCHÓLEM ALÉIJEM. (Agotado)
2. Natán Gesang: YEHUDÁ HALEVÍ. (Agotado)
3. Simja Sneh: SCHMUEL IOSEF AGNÓN. (Agotado)
4. León Dujovne: MAIMÓNIDES. (Agotado)
5. Nahum Goldmann: TEODORO HERZL. (Agotado)
6. Shalom Rósenberg: FILÓN DE ALEJANDRÍA. (Agotado)
7. Eugen Relgis: STEFAN ZWEIG.
8. David Elnecavé: JEREMÍAS.
9. León Dujovne: MOISÉS HESS.
10. Jaime Barylko: ISAÍAS.
11. Josef Fraenkel: NAHUM GOLDMANN.
12. Heszal Klepfisz: BAAL SCHEM TOV.
13. Marc Türkow: JANUSZ KÓRCZAK.
14. Jaime Barylko: DAVID, REY DE ISRAEL.
15. Hardi Swarsensky: WÁLTER RÁCHENAU.
16. Heriberto Háber: JONÁS.
17. León Dujovne: HÍLEL ZEITLIN.
18. Jaime Barylko: JOSUÉ.
19. Sofía Erlich-Dubnow: SIMÓN DUBNOW.
20. Heriberto Háber: RUT.
21. León Dujovne: HÉINRICH GRAETZ.
22. Jaime Barylko: RABÍ AKIVÁ.
23. Luis Kardúner: MÉNDELE MÓIJER SFÓRIM.
24. Lázaro Schallman: LEÓN HEBREO.
25. Jaime Finkielsztejn: BER BÓROJOV.

En Preparación:

Jonás Türkow: MORDEJAY ANIELÉVICH.
Shalom Rósenberg: SAADIA GAON.
Marie Syrkin: NAJMAN SYRKIN.
Mauricio Rosenthal: FRITZ HÁBER.
Itzhak Harkavi: MOSHÉ SHARETT.
Heinrich Riegner: HERMANN COHEN.
Jonás Türkow: EMANUEL RÍNGELBLUM.
Curt Wilk. MOSES MÉNDELSSOHN.

Este folleto se terminó de imprimir en el mes de abril de 1967, en los Talleres Gráficos ZLOTOPIORO Hnos., S. R. L., de la calle San Luis 3149, Buenos Aires, República Argentina.